

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Jan-Werner Müller, *What is Populism?*,
Filadelfia (PA), University of Pennsylvania Press, 2016, 123 pp.

MARCO D'ERAMO

ELLOS, EL PUEBLO

En la literatura de ciencia política sobre el populismo la pauta normal y establecida desde hace ya tiempo es empezar por declarar que nadie sabe lo que es. Hace cincuenta años, en una famosa conferencia que tuvo lugar en la London School of Economics, Richard Hofstadter lo anunciaba ya en el título de su charla, *Everyone Is Talking about Populism, but No One Can Define It*, mientras que Isaiah Berlin prevenía contra el peligro de caer presos de un «complejo de cenicienta», es decir, la noción de que «existe un zapato –la palabra “populismo”– para el que en algún lugar debe existir un pie». Pero una vez ha quedado dicho de todas las maneras posibles que nadie sabe qué es el populismo, de pronto –sin apenas explicar el cómo ni el porqué– cada pensador sabe perfectamente lo que es, o más bien lo da por sentado. Él o ella no ofrece ninguna definición sólida de sus características (ya que los distintos populismos están en flagrante contradicción entre sí), de su doctrina (no hay una doctrina populista) o de su programa político (los diferentes populismos chocan entre sí en cuestiones fundamentales), sino que en lugar de ello se centra en la amenaza que supone. En este sentido, el delgado libro de Jan-Werner Müller no es una excepción.

«Simplemente carecemos de algo parecido a una teoría del populismo», anuncia nada más comenzar, para luego proclamar en el párrafo siguiente que su libro «nos» ayudará –literalmente– «a reconocerlo y a tratar con él». El populismo, según nos explica Müller, no se puede explicar como un conjunto de políticas, las cuales pueden ser de muy diverso tipo, ni tampoco

como mera oposición a las élites establecidas, por muy común que este rasgo pueda ser, ya que no se limita sólo a los populistas. La verdadera *differentia specifica* del populismo está en otra parte, a saber, en una hostilidad constitutiva al pluralismo y a todo lo que se sigue de él. «Por decirlo en términos simples, los populistas no pretenden ser “el 99 por 100”. Más bien, lo que dan a entender es que son el 100 por 100». Además, los populistas siempre definen al pueblo como «cargado de razón y moralmente puro»; cualquiera que no esté de acuerdo puede ser despachado como un individuo inmoral y, en definitiva, ajeno por completo al pueblo. El populismo, por lo tanto, es «una forma excluyente de la política de la identidad». De lo que se sigue que «el populismo tiende a plantear un peligro para la democracia».

Sin embargo, continúa Müller, reconocer que «somos el 100 por 100» no deja de coincidir en gran medida con la pretensión original del contrato social, toda vez que el «nosotros, el pueblo» [*we, the people*] también puede tener sus exclusiones. Bien entendida, la voluntad general requiere de la «participación real de los ciudadanos», mientras que por su parte el populista la adivina basándose en su idea preconcebida de lo que es el pueblo. Aunque pueda *parecer* que los populistas estén exigiendo una mayor participación —vía referéndums, etcétera—, en los hechos esto queda viciado por su antipluralismo moralizado. «Hay una imaginación moralista y particular de la política» que es inherente al populismo, y en ella las presuposiciones normales del discurso democrático —lealtades y significados contrapuestos, falibilidad, los derechos de las minorías tanto como los de las mayorías, etcétera— quedan suspendidas en nombre de una presunta homogeneidad esencial. De esta forma, una vez instalados en el gobierno, los populistas se vuelven autoritarios. Los sellos característicos de su estilo de gobierno son tres: colonización del Estado, clientelismo de masas y corrupción, y la sistemática represión de la sociedad civil. Otros podrán hacer lo mismo, pero «lo que distingue a los populistas es el hecho de que lo pueden hacer de forma bastante abierta. Ellos alegan tener una justificación moral para su conducta».

¿Qué fuerzas políticas caen dentro de esta descripción? Müller —siguiendo otra pauta habitual cuando se habla de populismo— empieza enumerando toda la serie de figuras y movimientos a los que a día de hoy se aplica normalmente la etiqueta de populista: Sanders y Trump, Syriza y el AKP de Erdogan, Podemos y Le Pen, Farage y Occupy Wall Street, Di Blasio y Geert Wilders, seguidos de Elizabeth Warren, Jörg Haider y Viktor Orbán. Algunas páginas después, sin embargo, las figuras de la izquierda desaparecen. En la práctica, el grueso de los ejemplos que aparecen en *What is Populism?* provienen de figuras y movimientos de la derecha. A los lectores les puede sorprender en un principio constatar que el libro de Müller, contraviniendo las normas anglófonas de ciencia política, no incluye un índice de nombres. Pero una vez se hayan hecho pacientemente el suyo

propio, comprobarán que entre los personajes del drama las asimetrías son deslumbrantes. Jörg Haider, Silvio Berlusconi y el Tea Party merecen cinco menciones cada uno en el texto principal, Geert Wilders, seis, y Recep Tayyip Erdogan, siete. Marine Le Pen es mencionada tres veces, mientras que George Wallace aparece ocho veces y Donald Trump, doce. El protagonista central de la historia de Müller, Viktor Orbán, aparece no menos de catorce veces. De la izquierda únicamente se menciona al ogro de Chávez.

De hecho, como el propio Müller se encarga de explicar, muchas de las características que él adscribe al populismo no se aplican a los movimientos de la izquierda. Después de todo, ¿podría el inofensivo Bernie Sanders ser una «amenaza para la democracia»? ¿Quién piensa realmente que el movimiento Occupy Wall Street promovía una «excluyente política de la identidad», o que Syriza «ha suprimido a la sociedad civil»? ¿Ha habido algún alcalde de Podemos en España que haya sido imputado por un corrupto «clientelismo masivo»? ¿Y se puede realmente acusar a Di Blasio de aceptar la democracia representativa sólo cuando gana y de rechazarla cuando ganan los demás? Como asegura el propio Müller, su proceder no es tan indiscriminado. Sanders, por lo que se ve, representa un fenómeno más saludable, un «igualitarismo de izquierda» o, quizá, quién sabe, una «reinención de la socialdemocracia». Syriza, si bien en un primer momento es culpable, según explica Müller en la *London Review of Books* (agosto de 2015), de una estrategia política de alto riesgo, que «podría describirse como populista», ahora se le puede absolver del cargo, mientras que Podemos aún no ha caído en esa tentación.

La circularidad de la definición (excluyente) y la ejemplificación (selectiva) quedan patentes. En una nota a pie de página medio escondida al final del libro, el propio Müller señala en un momento de descuido que: «El peligro evidente aquí es la circularidad: se construyen características que se consideran desagradables desde el punto de vista político, moral o incluso estético y se las incorpora a la propia definición que se tiene de populismo, sólo para caer en la cuenta de que populismo y democracia son diferentes», o bien: «Se logra un cuadro normativo muy claro por la vía únicamente de pintar contrastes de forma muy sesgada». Lo cual no le impide hacer exactamente eso. Después de todo, «populista» es casi siempre un término que aplican los demás; hoy en día prácticamente nadie emplea este término para definirse a sí mismo, de la misma forma que nadie se presenta como «terrorista». En un momento dado, sin embargo, Müller se ve obligado a explicar que su forzada caracterización del populismo ha de excluir al único movimiento en la historia del Occidente moderno que efectivamente sí se definió a sí mismo como populista, a saber, el People's Party estadounidense de finales del siglo XIX. En la medida en que el People's Party podía también hablar de la gente «común» o «sencilla», los adjetivos que la redimían: «Uno

de los resultados del análisis anterior, por muy contraintuitivo que pueda parecer, es que precisamente el partido que en la historia de Estados Unidos se autoproclamó explícitamente “populista”, de hecho no era populista. Contraintuitivo es, desde luego: por las mismas podríamos concebir una noción de comunismo que excluyera a Marx.

Las cosas no mejoran cuando Müller se adentra en la región con la que evidentemente está menos familiarizado, y que ha producido tanto los más llamativos movimientos como los teóricos más originales de aquello que podríamos dar en llamar populismo: América Latina. Lázaro Cárdenas, ¿acaso reprimió sistemáticamente a la sociedad civil? Getulio Vargas o Juan Perón –fueran cuales fueran sus otros vicios–, ¿fueron acaso grandes moralizadores? Müller se cuida mucho de evitar referirse a los problemas que figuras históricas como estas plantean a su plantilla conceptual. También desaparecen sin dejar rastro líderes contemporáneos como Lula, no fuera a ser que la realidad interfiriera con la deficiente interpretación «ideal-típica» de Müller. Chávez es demonizado sin disimulo, sin fingir siquiera un intento de investigación empírica; la constitución bolivariana es rápidamente despachada como un mero instrumento de parte, por ejemplo, cuando lo cierto es que ha sido la base principal de la oposición organizada. Con frecuencia los liberales se enorgullecen de ser para la política lo que Popper fue para la epistemología, siendo que toda la elaboración de su *Logic of Scientific Discovery* giraba en torno a la idea de refutabilidad. Müller se refuta a sí mismo con paso enérgico y autocomplaciente. Tras decir una y otra vez que los populistas son enemigos jurados del pluralismo, que practican una política identitaria excluyente y que pretenden limitar los derechos constitucionales, deja semioculto en una nota final el hecho inconveniente de que Evo Morales, al que ha venido tratando como otro populista latinoamericano más: «Ha intentado implementar un planteamiento incluyente, entre otras cosas promoviendo una nueva constitución para Bolivia. Su “constitucionalismo comprometido” ha reconocido muchos nuevos derechos básicos (entre otros, el derecho a una vida buena y los derechos de la propia naturaleza); Morales también ha tratado de reconocer a minorías previamente excluidas, por la vía de declarar Bolivia un Estado “plurinacional”».

Pero el reconocimiento de este hecho no hace mella alguna en su argumentación, que a lo largo del libro se guía por el principio de evitar cualquier cosa que pueda ponerla en entredicho. Desde el punto de vista bibliográfico, no es que Müller haya leído poco; sus referencias son bastante numerosas (de hecho, suponen en muchos sentidos la parte más instructiva e interesante de su libro y ello tanto por lo que mencionan, como por la forma en que lo hacen y por lo que omiten). Pero nunca confronta las tesis de pensadores que se han adherido a ideas diferentes u opuestas. Es reveladora, por ejemplo, la manera en que ignora la obra de un pensador tan relevante a su

objeto de estudio como Ernesto Laclau, quien sólo aparece de forma anodina en una ocasión, en otra de esas notas finales tan discretas. Su construcción del populismo se basa en el mismo procedimiento metodológico a prueba de errores que le atribuye al fenómeno, cuando alega que la forma en que los populistas definen al pueblo hace que sus llamamientos políticos queden inmunizados frente a la refutación empírica.

En nuestros días, la moneda inflada en que se ha convertido el término populismo ha dado lugar a usos y abusos que se caracterizan por una fuerte asimetría: así, incluso a los (neo)fascistas genuinos rara vez se los llama por su nombre, sino que se los cataloga delicadamente como «populistas», al tiempo que cualquiera que se sitúe a la izquierda de la (pos)socialdemocracia también puede caer en las filas populistas y de esta forma quedar contaminado con el germen del totalitarismo, en lo que supone otra demostración de que, a pesar de los innumerables anuncios de su deceso, la perspectiva del socialismo sigue siendo para los gobernantes un motivo de alarma bastante mayor que el fascismo. Müller, sin embargo, no sigue este juego. Lo que escribe es lo siguiente:

[...] una de las implicaciones del análisis aquí presentado es que el nacional-socialismo y el fascismo italiano deben ser entendidos como movimientos populistas, por mucho que, me apresuro a añadir, no fueran meramente movimientos populistas, sino que también exhibieran rasgos que no son elementos inevitables del populismo como tal: el racismo, la glorificación de la violencia y un radical «principio del liderazgo».

Dadas la política identitaria excluyente, la represión sistemática de la sociedad civil y la importancia del carisma que según él son intrínsecas al populismo, ¿sería inadecuado concluir en general que, a ojos de Müller, el fascismo es una especie de populismo-plus? Ciertamente, los únicos filósofos que cita para ilustrar los argumentos «populistas» son el idealista italiano Giovanni Gentile —el teórico oficial del fascismo— y el filonazi alemán Carl Schmitt, mientras que el ejemplo que utiliza recurrentemente para dejar clara la naturaleza «identitaria» de la política populista es el discurso inaugural en clave racista de George Wallace como gobernador de Alabama: «En nombre del pueblo más grande que jamás pobló esta tierra, os digo: segregación ahora; segregación mañana; segregación para siempre».

Como es habitual, este tipo de pensamiento circular no es el único error en que incurren los estudios de ciencia política al tratar el tema del populismo. Otro problema proviene de su limitada familiaridad con la filosofía escolástica, la lógica de Port Royal o la lingüística moderna. Esto es algo que puede deducirse a partir del propio título de Müller. *What is Populism?* plantea dos preguntas, una que tiene que ver con el pronombre y la otra con el verbo. Preguntar «qué es» presume que el populismo es, si no una cosa, entonces al menos una entidad de la que el verbo «ser» puede servir de predicado. A su vez, esta convicción descansa en la confianza en que los conceptos que

empleamos son –en terminología escolástica– universales, dotados de su propia realidad independiente. Sin embargo, todo el pensamiento moderno se basa en la convicción «nominalista» que niega tal realidad a los «universales», a los que relega a la esfera del pensamiento; y es este nominalismo el que nos permite considerar la historia de los conceptos que empleamos desde su aparición hasta su potencial o eventual extinción, pasando por sus cambios de significado. Podemos tomar prestado un ejemplo de las memorias de Benedict Anderson, *A Life Beyond Boundaries* (2016), donde relata un episodio que cambió su vida profesional. Se hallaba sentado en su mesa de trabajo en la Universidad de Cornell, cuando se percató de la presencia de dos profesores que hablaban en el pasillo. Uno de ellos era Allan Bloom:

Lo que oí decir a Bloom fue lo siguiente: «Bueno, ya sabes que los antiguos griegos, incluso Platón y Aristóteles, no tenían un concepto de “poder” tal y como lo conocemos hoy». Este comentario casual escuchado a la hora del almuerzo penetró en mi mente y se instaló allí. Nunca se me había ocurrido que los dos maestros de la filosofía, a los que siempre se nos había dicho que había que reverenciar como los fundadores del «pensamiento occidental», no tenían en sus mentes la noción de poder. Con dudas al principio, corrí a la biblioteca para consultar un diccionario de griego clásico. Pude encontrar «tiranía», «democracia», «aristocracia», «monarquía», «ciudad», «ejército», etcétera, pero ninguna entrada referida a un concepto general o abstracto de «poder».

Así, el «poder» no es un concepto que existiera entonces y por toda la eternidad. No es una idea platónica. Antes de un determinado momento no se había siquiera pensado, y después fue pensado, elaborado, transformado, hasta que fue posible articular una fenomenología de este concepto. A continuación Anderson nos muestra que el concepto de «política» tal y como lo usamos hoy es también un producto de la modernidad (hasta donde yo sé, el fundador de la ciencia política moderna, Niccolò Machiavelli, nunca empleó la palabra «política»). Hay muchos más ejemplos: otro de los términos hipertrofiados de nuestra época, «identidad», tiene sólo una historia muy reciente en su acepción actual. Lo mismo sucede con «populismo». Por lo tanto, la pregunta apropiada no sería qué es el populismo, sino más bien: «¿Cuándo surgió este término? ¿Cómo ha cambiado su significado? ¿Quién lo emplea? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Con qué fin?». Pero para hacer tal cosa primero tenemos que liberarnos de la ilusión realista (por emplear de nuevo la terminología escolástica) y renunciar a la búsqueda del pie que encaja perfectamente en el zapato; abandonar la creencia de que hay una esencia populista (así como los chovinistas creen que hay una esencia de «lo francés» o de «lo británico») y aceptar al menos algo de lo que Guillermo de Ockham nos legó. De hecho, algún día los historiadores del pensamiento político se preguntarán lo que quisimos decir, a principios del tercer milenio, con esta categoría que ellos ya no usan, y cuyo significado no aciertan a comprender bien.

Otra de las carencias que encontramos en la literatura de la ciencia política sobre el populismo es su aparente poca familiaridad, tanto con la perspectiva del pensamiento feminista como con las tendencias recientes en investigación sociológica. La primera cuestión subraya el «lugar de la enunciación» de cualquier discurso, haciendo hincapié en la idea de que cualquier afirmación sólo adquiere su significado completo cuando identificamos la posición social, cultural y de género desde la que es enunciada. Los excesos del «autoposicionamiento» pueden, por supuesto, llevar a un exhibicionismo autoindulgente. Pero la exigencia subyacente no difiere de la llamada a la reflexión que encontramos en las sociologías de Gouldner y más tarde de Bourdieu. Ambos defienden que, en rigor, los sociólogos no pueden producir conocimiento del mundo social sin un compromiso con el conocimiento de sí mismos: los orígenes biográficos de su obra, su posición objetiva en la sociedad, su trayectoria vital, etcétera. La «reflexión» es la labor en la que la ciencia social, «tomándose a sí misma como objeto, hace uso de sus propias herramientas para comprenderse y observarse a sí misma». Raras veces la encontramos en obras de ciencia política o de filosofía política: la inmensa mayoría de autores adoptan la postura ficticia de hablar desde un lugar neutral, socialmente indeterminado, «por encima de la refriega», inocente de los lazos que nos unen a un grupo específico cualquiera o a algún interés particular. Aquí la ficción consiste en que el lugar de la enunciación es a un tiempo un *hiperuranión* político desde cuya altura se pueden observar varios fenómenos terrenales (los populismos, por ejemplo) y un limbo social completamente indiferente a las estrategias de cualquier agente en un campo dado (en este caso, los académicos especialistas en ciencia política).

Los lugares característicos de enunciación de la propia ciencia política, como es natural, han ido variando a lo largo de los dos últimos siglos. Hasta principios del siglo XIX eran normalmente los hombres ilustres –miembros de la clase dirigente–, quienes escribían sobre política. Más tarde, los individuos de las clases subalternas empezaron a su vez a estudiar las relaciones de poder, entrando en la refriega desde una posición periférica. En este punto sólo había disponibles dos vías hacia la legitimidad: la subversión –darle la vuelta al objeto en cuestión– o bien la cooptación. Como quiera que en la academia la primera vía es por regla general infranqueable, con raras excepciones ha sido la segunda la que se ha venido tomando, una vía que permite presumir de iluminar a los poderosos, como tantos sabios Néstores que han ido aconsejando y moderando a cada Agamenón. Hoy en día el discurso convencional sobre el populismo es obra de intelectuales, que se vanaglorian de ser consejeros del Príncipe. Naturalmente, los productores de este discurso no se ven a sí mismos como parte del «pueblo». Ante él adoptan una actitud paternalista; lo sondan, en ocasiones con benevolencia y con más frecuencia con impaciencia y exasperación, por no hablar de

alarma. Al explicar que el propio término «pueblo» es «una expresión volátil, arriesgada y acaso directamente peligrosa», Müller se sitúa a sí mismo en un extremo de este espectro.

Las autoconcepciones en tanto que espejos modernos para príncipes rara vez son confesadas. Pero hay un lugar de enunciación inexpugnable que nuestra actual estirpe de comentaristas políticos no sólo no tiene ningún reparo en hacer explícito, sino que de hecho disfruta abundando en él. Ellos son, simplemente, adultos; sus objetos, menores de edad. Así, con condescendencia, Müller habla de los populistas como si fueran adolescentes políticos, o más jóvenes aún, a quienes se puede dejar hablar en tanto en cuanto no rompan los muebles o hagan demasiado ruido: «Mi sugerencia es que, mientras los populistas se mantengan dentro de la ley –y no inciten a la violencia, por ejemplo–, los demás actores políticos (y los medios) están de alguna forma obligados a tratar con ellos». La autosuficiencia de ese generoso «de alguna forma» es todo un gesto. En otras ocasiones Müller es más brusco. Al contemplar la posibilidad de salir de la UE, según explicó en vísperas del referéndum sobre esa cuestión, Gran Bretaña estaba actuando como un «niño egoísta y malhumorado», al que los demás Estados miembros ya no podían «tomar en serio».

La edad adulta como logro de la madurez no es, por supuesto, una condición del ser enteramente apolítica. Pero la política que trae consigo es automática. ¿Qué otra cosa podría ser aparte del liberalismo? Müller pondera la cuestión de cómo «se» podría responder con éxito tanto a los políticos populistas como a sus votantes. El pronombre aquí lo dice todo. Se trata de una posición de sujeto que se puede dar por sentada, tal y como explica en su siguiente párrafo, elogiando a Fukuyama por su veredicto de que «ya no existen rivales para la democracia liberal en el ámbito de las ideas». Lo que amenaza la democracia no es cualquier alternativa a la misma, sino simplemente su negación en la forma del populismo. El liberalismo y el populismo, en otras palabras, son como el agua y el aceite. No puede haber un populismo liberal, nos sigue diciendo. Tal cosa sería una «patente contradicción en los términos», que si podemos encontrar en Estados Unidos es sólo porque allí «“liberal” significa algo así como “socialdemócrata”, y “populismo” sugiere una versión inflexible de eso mismo», mientras que en Europa «el populismo nunca puede combinarse con el liberalismo». El hecho de que, precisamente en Europa, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos, el liberalismo haya siempre defendido el Estado pequeño y el libre mercado, así como las libertades personales, y que todo ello haya podido combinarse de forma clara con el populismo, y de forma muy llamativa en Holanda, queda despachado en una nota final en letra pequeña, mientras que la definición que de sí mismos han ofrecido Fortuyn o Wilders es simplemente rechazada.

No es que la democracia esté únicamente acosada por el populismo. Tiene también problemas propios, que pueden vagamente invocarse. Sus defensores «tienen que ser honestos ante el hecho de que no todo va bien en las democracias existentes en Europa Occidental y en Norteamérica». ¿Qué aqueja a estas sociedades admirables? Las democracias occidentales, concede Müller, «sufren cada vez más de la dolencia que consiste en que los grupos socioeconómicos más débiles no participan en el proceso político y sus intereses no están representados de forma efectiva». También en Estados Unidos, «el país está cambiando en términos culturales» en formas influenciadas por los «valores sociosexuales liberales», que «un cierto porcentaje de ciudadanos estadounidenses» rechaza. Hay incluso —«sumado a esto»— varias «razones materiales para quejarse que son reales, especialmente la sensación de que los intereses económicos de un número significativo de estadounidenses no están representados en Washington». Las razones por las que «los grupos socioeconómicos más débiles» —no hablemos de clases, por favor— no consiguen, en un delicado giro retórico, «participar» en el proceso político; las «razones materiales que pueden tener para quejarse»; y cuantos agraviados se precisan para que el colectivo en cuestión sea «significativo», todas estas son cuestiones que van más allá del ámbito del análisis. Lo importante es que no hay motivo alguno para ceder aquí al sinsentido populista: a su pretensión de que «de alguna forma» la política se ha alejado demasiado del pueblo; de que términos tan groseros como «plutócratas» puedan ya prescindir de las comillas; o de que la expresión «personajes del *establishment*» pueda escribirse tal cual, sin el epíteto de advertencia —«supuestos»— precedente. Éstos términos no pertenecen al vocabulario liberal. Los que sí pertenecen son las nociones que no provocan controversia, tales como la comunidad internacional, cuya aprobación los populistas deben implorar.

Si este es el lugar genérico de enunciación de *What is Populism?*, hay también otro más específico, que hace las veces de colofón. Formado en Alemania Occidental, Müller lleva enseñando durante más de una década en Princeton, después de un periodo en All Soul's; pero su interés principal, como se deduce claramente de este libro, sigue siendo Europa. En este sentido, sus preocupaciones son dobles. Tras la disolución del comunismo en Europa Oriental, la diplomacia alemana bajo Helmut Kohl dio prioridad a tres países en su candidatura para acceder a la UE: Polonia, Hungría y República Checa, todos ellos católicos, ninguno balcánico, cada uno de ellos bajo el faro de fervientes líderes prooccidentales. Estos países formarían una especie de glacis político y económico seguro en torno a la República Federal, en tanto que Estados hermanados bajo lo que de nuevo podría denominarse con el término genuino y apropiado de «Europa Central». Por desgracia, un cuarto de siglo después los tres se han vuelto más o menos populistas, últimamente con el potencial

peligro añadido de Austria, según explica Müller. Los hermanos Kaczynski en Varsovia, Milos Zeman en Praga y Jörg Haider ya eran lo suficientemente malos; pero la transformación de Orbán en Budapest fue ya el colmo: un valiente liberal opositor del régimen comunista en Hungría, mientras Kohl sobornaba subrepticamente a ese mismo régimen con 1.000 millones de marcos alemanes para que abriera su frontera con Austria, quien tras la caída del Muro se convirtió en la encarnación detestable de todo cuanto en Europa era contrario a los designios de Berlín. No es de extrañar que Orbán sea, pues, la *bête noire* particular del retrato del populismo brutal que hace Müller y, tal vez, el estímulo original para abordar dicho fenómeno. Lo que está claro es el malestar general alemán con su antiguo pupilo.

Con todo, el populismo ha levantado su inquietante cabeza no sólo en la vieja *Mitteleuropa*, sino a lo largo y ancho de la Unión Europea. ¿Cómo se explica esto y qué se puede hacer al respecto? Los arquitectos de la política de posguerra en Europa Occidental, según nos explica Müller, sabían por experiencia que había que desconfiar no sólo de cualquier idea de soberanía popular, sino también de la soberanía parlamentaria. Decididos a asegurar que no hubiera un regreso al pasado totalitario, fragmentaron y aislaron el poder para «constreñir la democracia», tal y como Müller describió en el libro que dedicó a esta cuestión en 2011, *Contesting Democracy*. La integración europea, tal y como fue desarrollándose, llevó este proceso preventivo más allá, añadiendo «restricciones supranacionales a las restricciones nacionales». El desafortunado efecto colateral de esta bienintencionada empresa fue hacer a la democracia «peculiarmente vulnerable ante aquellos actores políticos que hablan en nombre del pueblo en su conjunto, contra un sistema que parece diseñado para minimizar la participación popular», siendo las apariencias, por supuesto, una cosa y las realidades, otra, sin duda mejor. Pero, ¿por qué habría crecido el descontento popular desde mediados de la década de 1970? Las crisis económicas –o de cualquier otro tipo– no ofrecen una explicación convincente al respecto, ya que las democracias generan crisis continuamente y rara vez carecen de los recursos para resolverlas. No, la respuesta está precisamente en la forma innecesariamente tecnocrática en que se han afrontado: los tecnócratas, en este sentido, son el reflejo de los populistas; si estos últimos alegan que sólo hay una nación verdadera, los primeros creen que sólo hay una solución verdadera. Ciertamente, el declive de los partidos políticos en Europa ha creado un vacío por donde ambos, populistas y tecnócratas, se han colado. Con todo, la salida del problema está clara: una «gran coalición» que dé paso a «algún tipo de nuevo contrato social». De qué tipo sea éste, y cómo podría ver la luz, son cuestiones que se dejan prudentemente en blanco. Pero la idea de la gran coalición, al menos, nos resulta lo suficientemente clara y familiar. ¿Qué mejor fórmula para Europa que el saludable régimen de Berlín?

Tanto el diagnóstico como el remedio suenan igualmente huecos. La palabra neoliberalismo rara vez aparece en las páginas de esta obra; «capitalismo», naturalmente, aún menos. El hecho de que el orden económico construido en Maastricht esté en el origen de la extendida desafección contemporánea con la Unión Europea es una evidencia tan banal que hoy en día ni siquiera los liberales la suelen negar. No es la tecnocracia, sino una oligarquía política y financiera –las apretadas filas de los ministros, banqueros y burócratas que han presidido la moneda única, el Pacto de Estabilidad, la destitución de los sucesivos referéndums y todo lo demás–, la que ha despojado a la UE de sus pretensiones democráticas. Müller se queja de que las constituciones populistas graban «preferencias políticas muy específicas en piedra, cuando el debate sobre dichas preferencias habría de ser el objeto de la batalla política cotidiana en democracias no populistas». Uno se pregunta si ha leído alguna vez las cláusulas «de conformidad con la economía de mercado» de la Constitución europea rechazada por los votantes franceses y holandeses, y de nuevo impuestas por Merkel y Sarkozy por la puerta de atrás. ¿Acaso imagina que fijar un techo de déficit del 3 por 100 en la Constitución nacional de cada país de la Eurozona, a instancias de Alemania, no es una «preferencia política»? En cuanto a lo de la «gran coalición» para curar los males de Europa, ¿dónde están los boyantes partidos que la formarían? En la propia Alemania, sus miembros y su vida misma se han marchitado, ya que la democracia cristiana y la socialdemocracia han cohabitado con petulancia, para mejor infligir la austeridad a las razas inferiores dentro de la Unión. En cuanto a lo que podría hacer una combinación de ese tipo solo cabe decir: pobre Rousseau, reducido a etiqueta publicitaria para una lata vacía.